

## Séptima parte

### UN MENSAJE A LA HUMANIDAD

*Nuestra obra no estará terminada mientras haya un ser humano hambriento o maltratado, se obligue a una persona a morir en una guerra, languidezca en la cárcel un inocente, y alguien sea perseguido por sus creencias*



## CAPÍTULO 35

De la muerte surge la vida. Del dolor surge la esperanza. Esto lo he aprendido en estos largos años de pérdida. Pérdida, pero nunca desesperanza. Nunca he perdido la esperanza o una fe absoluta en la rectitud de mi causa, que es la supervivencia de mi pueblo.

No sé cómo salvar al mundo. No tengo las respuestas o La Respuesta. No tengo conocimiento secreto sobre cómo arreglar los errores de generaciones pasadas y presentes. Solo sé que sin compasión y respeto para todos los habitantes de la Tierra ninguno de nosotros sobrevivirá... o merecerá sobrevivir.

El futuro, nuestro futuro conjunto, el futuro de todos los pueblos de la humanidad, debe basarse en el respeto. Que el respeto sea el lema y la consigna del nuevo milenio en que entramos. Del mismo modo que deseamos que nos respeten, necesitamos mostrar respeto por los demás.

Estamos juntos en esto... los ricos, los pobres, los rojos, los blancos, los negros, los pardos y los amarillos. Somos una sola familia humana. Compartimos la responsabilidad de nuestra Madre la Tierra y de todos los que vivimos y respiramos en ella.

Creo que nuestra obra no estará terminada mientras haya un ser humano hambriento o maltratado, se obligue a una persona a morir en una guerra, languidezca en la cárcel un inocente, y alguien sea perseguido por sus creencias.

Creo en el bien de la humanidad. Creo que el bien puede prevalecer, pero solo con gran esfuerzo. Y ese esfuerzo es nuestro, de cada uno de nosotros, de ustedes y mío.

Debemos estar preparados para el peligro que sin dudas se nos presentará. Los críticos nos atacarán, tratarán de distanciarnos y se burlarán de nuestra sinceridad, pero si permanecemos firmes en nuestra fe, podremos invertir sus ataques y hacernos más fuertes en nuestros compromisos con la Madre Tierra, con nuestras luchas y con nuestras futuras generaciones de hijos.

No dejemos nunca de luchar por la paz, la justicia y la igualdad de todos los pueblos. Seamos persistentes en todo lo que hacemos y no permitamos que nadie nos aparte de nuestra conciencia.

Sitting Bull dijo: “Del mismo modo que es posible partir con facilidad los dedos de la mano, todos juntos hacen un puño poderoso.”

La lucha es nuestra para ganar o perder.

## CAPÍTULO 36

Puedo decirles lo siguiente: no pedimos venganza o la deseamos si quiera. Dejo a un lado todas las acusaciones porque conozco demasiado bien qué es ser acusado. Dejo a un lado todas las condenas porque conozco demasiado bien qué es ser condenado. No procuramos la venganza, sino la reconciliación y el respeto mutuo entre nuestros pueblos. Podemos ser naciones diferentes, pero seguimos perteneciendo a la misma sociedad y compartimos la misma tierra. Todos queremos equidad, igualdad, justicia... los principios sobre los que se fundaron los Estados Unidos y su propia Constitución supuestamente confiere a todos dentro de sus fronteras, incluso a los indios. ¿Es demasiado pedir? No esperamos la perfección de los demás, ni la exigimos. Es en nuestras imperfecciones que se encuentra nuestra humanidad común.

El pasado no puede cambiarse, es cierto. Nadie puede hacer regresar a los muertos, pero se puede hacer algo por los vivos. La reparación económica de los indígenas estadounidenses es de todo punto esencial para un futuro justo, al igual que la devolución de los sitios sagrados y de partes importantes del territorio ancestral, así como de una parte justa de los recursos naturales en tierras tomadas en violación de tratados. Los indígenas estadounidenses, y los pueblos indígenas de todas partes, deben recibir administración especial sobre la tierra. Son los guardianes de la Madre Tierra, sus representantes, y siempre se opondrán a su destrucción.

Estas medidas deben comenzar con un reconocimiento oficial de abusos pasados. El Canadá ha dado un paso prometedor en ese sentido con su trascendental *Declaración de Reconciliación* de enero de 1998 a sus pueblos indígenas. Dice la declaración:

“Como país, estamos gravados por acciones pasadas que provocaron el debilitamiento de la identidad de los pueblos aborígenes, al reprimir sus lenguas y culturas y proscribir sus prácticas espirituales...

”El gobierno del Canadá expresa oficialmente hoy a todos los pueblos aborígenes del Canadá su profundo pesar por acciones pasadas que han contribuido a estas páginas difíciles de la historia en nuestra relación.”

El gobierno canadiense ha establecido también un Fondo de Sanación de \$350 millones para asistir a las víctimas de maltrato físico y mental en escuelas estatales que durante tanto tiempo torturaron a los niños indios por ser quienes eran. Por suerte, en los años setenta esas escuelas inhumanas se cerraron en el Canadá. El Fondo de Sanación debería aumentarse muchas veces para asistir a los pueblos indígenas del Canadá en forma sostenida. Las reclamaciones de tierras también deben ser atendidas con seriedad. Medidas similares de los Estados Unidos, y de todos los países con poblaciones indígenas desposeídas, pudieran contribuir enormemente a la Gran Sanación que veo que se produce al iniciarse el nuevo milenio.

Es imposible, por supuesto, hacer reparaciones por una madre, un hijo o un esposo asesinado o muerto de hambre o encarcelado por causas falsas. Pero miro a nuestros hijos y veo en ellos el futuro, un futuro lleno de libertad y posibilidad. Nosotros, los indios, debíamos haber desaparecido hace mucho. Pero estamos aquí. Cada uno de nuestros hijos es un milagro. De modo que centremos nuestras energías en esos hijos, en esa prole sagrada. Cada niño indio es Crazy Horse renacido. El nuestro es el espíritu de Crazy Horse. Eso somos. Aunque nos maten, el espíritu no muere. Renace en el siguiente indio y en el que sigue a este. De modo que bendigamos a nuestros hijos al igual que su propia existencia nos bendice a nosotros.

La ley que busco para la justicia de mi pueblo no es la del blanco, la ley no natural, la ley dada por el hombre. La ley que mi pueblo y yo buscamos es la ley del Gran Espíritu, que nunca deja de obrar, y cuya obra es invariablemente implacable y justa. Y con ella habrá libertad para que mis nietos y los nietos de ustedes vivan en paz y armonía con todos los demás seres humanos decentes del mundo. La luz que veo arderá y juntos podremos observarla crecer hasta que haya justicia para todos los pueblos en todas partes.

Nosotros, los de esta generación, ni siquiera estaremos aquí cuando el mundo sea de ellos. Que aquellos de nosotros que han desordenado tan terriblemente nuestros tiempos se pongan de acuerdo unos con otros, aquí y ahora. ¿Debemos pasar este odio y esta injusticia y esta maldad incluso a futuras generaciones inocentes? ¿Debemos hacerlas culpables también? ¿No podemos resolver esto entre nosotros ahora y ponerle fin? Rezo porque así sea. Mi vida es un instrumento para ese fin.

Hoy en Sudáfrica, aquel viejo baluarte del apartheid y el racismo, ha comenzado a desvanecerse una era de opresión de un pueblo por

otro y surge una nueva era de igualdad y dignidad. El presidente Nelson Mandela, un hombre que hasta hace poco se encontraba en una situación similar a la mía —encarcelado por defender a su pueblo— conduce ahora no solo a los suyos, sino a un Estado completo de pueblos. Es la prueba viviente de que el mandato del pueblo es superior al veredicto del gobierno. Su ejemplo debe ser una inspiración y un instrumento para nuestra propia lucha.

Hoy sudafricanos de ambas partes pueden comparecer ante los Tribunales de Verdad y Reconciliación públicos y confesar sus malos actos para recibir absolución política. Creo que eso no será aquí necesario. Además, los juicios tomarían siglos. No necesitamos tribunales sino aulas, cárceles sino hogares y empleos decentes para los millones de todos los colores —incluidos muchos, muchos blancos— a quienes los intereses especiales que intentan hacerse dueños del país niegan sus derechos civiles y humanos todos los días de la semana. El gobierno debe ser del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, no de los intereses especiales, para ellos y por ellos. Estados Unidos, lean su propia Declaración de Independencia y su Constitución. Allí está todo.

Si la estrategia es construir más cárceles para quienes somos diferentes a ustedes, les aseguro que no podrán construir cárceles suficientes para todos nosotros. Como persona conocedora del lado más oscuro del país, así como de sus brillantes posibilidades, pido que reconsideren esta locura de construir más cárceles cada vez para el creciente número de nosotros que nace distinto a ustedes. No necesitamos más cárceles. Necesitamos más compasión. Esa compasión es nuestra posibilidad más elevada.

Democracia significa diferencia, no igualdad. Permítannos nuestras diferencias y les permitiremos las suyas. No entramos en conflicto unos con otros: nos complementamos. Nos necesitamos. Cada uno de nosotros es responsable de lo que ocurra en la tierra. Cada uno de nosotros es por entero esencial, cada uno es por entero irremplazable. Cada uno de nosotros es el voto que provocará el viraje en la amarga batalla electoral que se lleva a cabo entre nuestras mejores y nuestras peores posibilidades.

¿Cómo van a votar en esa trascendental votación?

La humanidad espera por esa decisión.

Cada uno de nosotros debe ser un ejército de uno en la infinita lucha entre el bien de que todos somos capaces y el mal que nos amenaza a todos desde fuera y desde dentro. Sí, cada uno puede ser

un ejército de uno. Un hombre bueno o una mujer buena puede cambiar el mundo, puede hacer retroceder el mal, y su obra puede ser un faro para millones, para miles de millones. ¿Eres ese hombre o mujer? De ser así, que el Gran Espíritu te bendiga. De no ser así, ¿por qué no lo eres? Todos debemos ser esa persona. Eso transformará al mundo de la noche a la mañana. Sería un milagro, sí, pero un milagro que se encuentra dentro de nuestro poder, dentro de nuestro poder de sanación.

Sanar requerirá verdadero esfuerzo y un cambio en la forma de pensar de todos nosotros. Sanar significa que comencemos a mirarnos unos a otros con respeto y tolerancia en lugar de con prejuicio, desconfianza y odio. Tenemos que enseñar a nuestros hijos —y también enseñarnos nosotros mismos— a amar la diversidad de la humanidad. Para sanar tenemos que realizar un esfuerzo consciente para vivir como pretendía el Creador, como hermanos, como una familia humana, guardas de esta Tierra frágil, perecedera y sagrada. Para sanar tenemos que llegar al convencimiento que todos cumplimos cadena perpetua... y que no hay posibilidad de libertad condicional.

Podemos hacerlo. Sí, tú y yo y todos juntos. Este es el momento. Este es el único momento posible. Que comience la Gran Sanación.

## CAPÍTULO 37

Mi nieto, Cyrus, se fue hace unos minutos y me dejó lleno de un amor incontenible. Pero, para mí, esa plenitud es también un vacío. Para mí, la vida es un vaso vacío puesto de cabeza... o eso parece cuando las puertas se cierran detrás de él y se vuelve con esa última mirada tristemente sonriente y mueve la mano y me lanza un beso a mí, su “abu”. Está ya a medio camino de hacerse hombre, un verdadero guerrero, y puedo decirles que estoy orgulloso de él. Durante unas horas esta mañana recibí una de sus maravillosas visitas ocasionales en la sala de visitantes. Ahora, inmediatamente después de la visita de hoy, va a ver a su hermana, Alexandra, que se encuentra en Georgia con unos amigos. Los pobres chicos pasan de unos a otros. Ellos también deben pagar día a día por el delito que no cometí.

De todos modos, saber que Cyrus y Alexandra están ahí junto con mis otros maravillosos nietos —siete en total, según el último conteo— me brinda una suerte de libertad. Supongo que me veo en Cyrus. Pero tal vez eso no sea bueno. Puede que le fuera mejor si tuviera dentro menos de su “abu” presidiario de lo que tiene. Pero, demonios, me digo, es mejor que honre a su propio abuelo, a sus propios Ancianos, del mismo modo que yo he honrado a los míos. Son nuestros vínculos no solo con el pasado, sino con el futuro... y también con nosotros mismos. Soy indio, Cyrus es indio, Alexandra es india. Somos todos eslabones en una cadena infinita e ininterrumpida. Todos los abuelos y todas las abuelas y todos los nietos y nietas... todos somos una sola persona, un Pueblo Indio, que se remonta a los inicios y continúa hasta el más lejano fin del tiempo. Un Pueblo. Una persona. Tal vez es por eso que con tanta frecuencia intentaran, parece, matarnos a todos, hasta el último hombre, mujer y niño. Porque comprendieron que, a no ser que lo hicieran, quedaría esa persona, un último sobreviviente que los perseguiría y señalaría la mentira de sus actos, de su supuesta victoria.

Cada uno de nosotros, los indios, es esa única persona, ese sobreviviente. Cada uno es el último indio, al igual que cada uno es el

primero. Podrán matarnos, pero siempre estaremos aquí. Fuimos los primeros aquí y, cuando llegue el momento de despedirnos de la Madre Tierra, seremos los que quemaremos tabaco, salvia y albahaca y diremos una oración final y el último *Washtë* —“¡Es bueno!”— cuando Wakan Tanka, el Gran Misterio, misericordiosamente deshaga el mundo para poner fin a este ciclo del tiempo. Como siempre nos han dicho nuestros abuelos, tenemos un lugar mejor al que ir, un mundo mejor que nos espera.

De modo que a ti, amigo mío, antes de dejar esta realidad menor por la mayor, te digo “¡*Washtë!* ¡Es bueno!” Gracias por escuchar mis palabras. Deseo a tu espíritu paz y felicidad y realización en este viaje sostenido. Tal vez nos encontremos algún día, tú y yo, en el Gran Camino Rojo. Rezo por que así sea!

En el espíritu de Crazy Horse

Leonard Peltier

Fin

## *No somos seres separados*

*No somos seres separados, tú y yo.  
Somos hebras diferentes del mismo Ser.  
Tú eres yo y yo soy tú  
y nosotros somos ellos y ellos, nosotros.  
Así es como debíamos ser,  
cada uno de nosotros, uno,  
cada uno de nosotros, todos.  
¡Llegas a mí a través del vacío de la Otredad  
y tocas tu propia alma!*

## *Perdón*

*Perdonemos lo peor entre nosotros  
porque lo peor está en nosotros mismos,  
lo peor vive en cada uno,  
junto con lo mejor.  
Perdonemos lo peor  
en cada uno  
y en todos  
para que lo mejor  
en cada uno  
y en todos  
pueda ser libre.*

## *Diferencia*

*Amemos no solo nuestra semejanza  
sino también nuestra variedad.  
En nuestra diferencia está nuestra fuerza.  
No seamos solo para nosotros mismos  
sino también para ese Otro  
que es nuestro más profundo Yo.*

## *El mensaje*

*El silencio, dicen, es la voz de la complicidad.*

*Pero el silencio es imposible.*

*El silencio grita.*

*El silencio es un mensaje,  
igual que no hacer nada es un acto.*

*Deja que quien eres suene y resuene  
en cada palabra y en cada hecho.*

*Sí, conviértete en quien eres.*

*No puedes esquivar tu propio ser  
o tu propia responsabilidad.*

*Lo que haces es quien eres.*

*Eres tu propio y justo castigo.*

*Te conviertes en tu propio mensaje.*

*Tú eres el mensaje.*

## NOTA DEL EDITOR

En el momento que escribo esta nota, justo antes de las Navidades de 1998, la Penitenciaría Federal de los Estados Unidos en Leavenworth, Kansas, se encuentra cerrada y no puedo contactar a su autor, Leonard Peltier, en el preciso momento que su libro va a ir a prueba de gale-ras. El cierre de Leavenworth se debió al parecer a una pelea en la que Leonard no tuvo nada que ver, pero de todos modos, él y todos los demás reclusos están siendo castigados colectivamente. Se han retirado todas las pertenencias personales de las celdas de los presos. La semana pasada, solo se les permitió salir de ellas para una ducha de diez minutos. En el preciso momento que necesitaba que diera la aprobación final a diversos detalles del manuscrito editado, se le impide el contacto con el mundo exterior: ningún visitante, ninguna llamada telefónica, ningún contacto, *punto*. Ninguna forma de saber por el momento cómo le va o qué le ha estado ocurriendo. Esto se ha producido con demasiada frecuencia en los años que hemos estado trabajando en este libro.

La Oficina Internacional del Comité de Defensa de Leonard Peltier inunda la Internet con llamados para que sus partidarios contacten la cárcel —913-682-8700— y la Oficina de Cárceles —202-307-3198, fax 202-514-6878— para preguntar sobre la salud y la seguridad de Leonard. Ya los han saturado de llamadas, faxes y cartas —y también los han amenazado con un pleito— porque se le niega sostenidamente tratamiento médico competente a los problemas de sus maxilares provocados por el tétanos que padeció en la infancia y que la cirugía a que fue sometido en 1996 en el Servicio Médico de Springfield no corrigió. Los rumores que circularon en otoño pasado de que los funcionarios de la cárcel permitirían al fin que Leonard fuera tratado por médicos de la renombrada Clínica Mayo demostraron ser infundados, al menos en los momentos en que se escribe esta nota. Seguimos esperando.

Mientras tanto, el caso de Leonard se ha convertido en la pieza central de las violaciones a los derechos humanos en los Estados Unidos entre 1998 y 1999 de Amnistía Internacional. En veintenas de puntos del país se programan manifestaciones de desobediencia civil no violenta para divulgar el caso de Leonard. El presidente

Clinton, la única persona que puede liberar a Leonard de un plumazo y ha tenido cinco años para hacerlo, está en estos momentos bajo ataque, una víctima más de un fiscal vengativo y de celo exagerado.

Hace poco, el Parlamento Europeo, así como los gobiernos de Italia y Bélgica, aprobaron resoluciones pidiendo clemencia para Leonard Peltier e investigaciones del Congreso sobre las circunstancias que rodearon este caso y la era del “Reinado del Terror” en Pine Ridge en los años setenta... y la participación oficial en ella. Dentro del gobierno del Canadá, muchos exigen que Peltier sea devuelto a ese país, del que fue extraditado fraudulentamente en 1976 por el gobierno de los Estados Unidos.

Ruego porque Leonard esté en libertad cuando este libro se publique en junio de 1999, de modo que todos tengamos el privilegio de escuchar sus propias palabras de sus propios labios. Aunque muchas veces escritas en medio del dolor, la oscuridad y el aislamiento, esas palabras —como el espíritu incandescente de este ser humano extraordinario— brillan en cada una de estas páginas. Deseo agradecer a Leonard el alto honor de haberme escogido para seleccionar, editar, disponer y, en más de unas pocas ocasiones, empujarlo a revelar niveles incluso más profundos de su pensamiento y recuerdos.

Espero que este libro, que se preparó en los dos años pasados en circunstancias muchas veces desquiciantes, se sume a la oleada renovada de conciencia pública que no solo contribuirá a liberar a Leonard, sino ayudará a liberarnos a todos del tipo de justicia insidiosa que lo ha llevado adonde está... y lo ha mantenido allí durante casi un cuarto de siglo. Todos, cada uno de nosotros, hemos permitido que esto ocurra. Debemos unirnos todos —sí, cada uno de nosotros— y exigir que se le ponga fin.

Si cuando lea esto, U.S.P.#89637-132 sigue prisionero de la injusticia, es momento que usted también hable y actúe. Cada uno de nosotros es necesario. Como ha dicho Leonard: “Debemos cada uno ser un ejército de uno.” Para movilizar su propia voz y su propia conciencia, contacte al:

Comité de Defensa de Leonard Peltier  
P.O.Box 583  
Lawrence, KS 66044  
785-842-5774  
lpdc@indir.net

En el espíritu de Leonard Peltier  
Harvey Arden  
Diciembre de 1998